ciales, que ellos apenas si estudian con alteza de miras. *El Sol*, ajeno a estas cuestiones, enemigo de ellas, acaso no las conoce, y si alguna vez ha extendido su vista por este ancho campo, ha sido muy superficialmente. Revela el tal periódico, por boca de Pascual, una gran ignorancia del asunto. Mal podía saber, pues, la causa del combate a la Unión.

La combatimos, porque ella representa en España la traición a La Internacional y sus principios; porque ha negado con su actuación los fundamentos, prácticas y teorías de aquella Asociación de Trabajadores. Combatimos a los representantes de la Unión, porque ellos son en España los continuadores de la obra de la Social-Democracia Alemana, y del charlatanismo de los socialistas franceses. Porque colectividad y representantes son los desviadores de las reivindicaciones obreras. He aquí por qué hemos combatido y combatiremos a la Unión General de Trabajadores.

Igualmente que los socialistas franceses y alemanes, ellos hubieran hecho traición a sus principios en caso de guerra. Nosotros no hacemos traición a nuestras ideas. He ahí la diferencia; he ahí el gran motivo; he ahí las causas de la eterna discrepancia.

Conviene recordar a este propósito, y ya que hemos citado a la Social-Democracia Alemana, la influencia que aquella colectividad ejercía sobre todos los socialistas del mundo, que la tomaba como único e invariable modelo de táctica y organización. Para todos los socialistas en general, y para los representantes de la Unión General de Trabajadores en particular, la Social-Democracia era el modelo digno de encomio y de loa; era el ejemplo a seguir.

Nadie ignora hoy que aquel modelo organizador, con su adhesión y ayuda al kaiser, es una de las principales causas de la guerra europea.

Baste, pues, señalar el hecho de pasada, como un motivo más de disconformidad con los socialistas; disconformidad que fué ayer, que lo es hoy, que lo será mañana, que lo será en tanto duren las causas que la originaron.

Depuración que se impone

La información de *El Sol* nos obliga a depurar el campo anarquista de los individuos que invocando las ideas aceptan una moral que nosotros creemos altamente perjudicial, pues no aceptamos ni aceptaremos nunca, que los medios para la propaganda puedan ser otros que aquellos que nos permitan presentarnos en los actos públicos sin que tengamos que ocultar nada.

Nosotros tuvimos noticia de que en una casa de comidas de la calle de San Vicente, fué visitado por varios individuos, otro, al que se le habló sobre la publicación de un periódico. Más tarde supimos que se trataba de lo siguiente:

Rafael Rueda proponía a Francisco Jordán (que no aceptó) la publicación de un periódico anarquista, que haciendo la campaña en cierta forma, podía, sin dejar de estar escritos los artículos en sentido anarquista, favorecer los planes de Alemania. Para ello, según carta que obra en nuestro poder, se disponía de 25.000 ó más pesetas.

La carta es sumamente curiosa y en ella indica el nombre y dirección de la persona con quien habrían de entenderse.

Francisco Jordán era secretario de la Confederación Nacional del Trabajo, y al tener sospecha de que estaba en relación con los agentes alemanes, por este solo hecho, sin la prueba decisiva, en una reunión celebrada por varios compañeros, a la que asistieron dos del grupo de TIERRA Y LIBERTAD, fué destituído del cargo.

Vea *El Sol* y los demás periódicos que viven por medios inconfesables, que no son *los anarquistas*, los que están a sueldo de las embajadas, sino *algunos*, seguramente muy pocos, que se han llamado anarquistas para explotar a la embajada alemana, del mismo modo que otros, *muchos*, llámanse republicanos, y tal vez lo son, para explotar a la embajada francesa.

Es la guerra que ha dado lugar a estas inmoralidades, e individuos sin moral de todos los campos y de todas las ideas, las explotan.

Cómo hemos obrado

En TIERRA Y LIBERTAD hemos publicado una serie de artículos de nuestro compañero V. García, que eran completamente antialemanes y cuando recibíamos de colaboración algún artículo que solo hablaba contra los aliados, nosotros siempre lo hemos reformado para que también hablara contra Alemania, quedando siempre consecuentes con nuestro criterio contra la guerra en general.

Nota final

Como no creemos en la eficacia de la ley, no hemos recurrido a ella para obligar a *El Sol* a dejarnos en sus columnas espacio para defendernos de sus ataques. En las columnas de ese periódico se ha publicado una información que nos calumnia.

Nosotros, el grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD, emplazamos a *El Sol* para que responda como debe a la acusación lanzada de que este periódico está al servicio de la embajada alemana.

Si así no lo hace, tendremos derecho para dudar de la hombría y de la caballerosidad de todos los periodistas que lo redactan.

De antemano sabemos la respuesta. Se escudarán diciendo que es Miguel Pascual quien lo dice. Mas no puede ser así, no debe ser así tampoco. Un periódico que blasona de serio y de bien informado, no puede sin mengua de su buen nombre, dar cabida en sus columnas a las infames acusaciones que pueda cualquier advenedizo, que él mismo reconoce al declarar su venta, no tener ya noción alguna de dignidad.

Esperamos, pues, la acusación fundada formal, afirmativa de *El Sol*.

La opinión pública debe también aguardar esta respuesta.

Después veremos quien puede acusar a quien. Si *El Sol* a los anarquistas de TIERRA Y LIBERTAD, o los anarquistas de TIERRA Y LIBERTAD a *El Sol*.—*El grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD.*

Mitin anarquista

Habiendo terminado el estado de guerra en esta ciudad, medida caprichosa de gobernantes conculcadores de las libertades cívicas, y para analizar el conjunto mundial del actual momento histórico, os convocamos al MITIN DE AFIRMACION ANARQUISTA que se celebrará el viernes, día 12, a las nueve de la noche, en el Cine Montaña, *calle Montaña (Clot), en el que, entre otros oradores, tomarán parte Abelardo Saavedra, Ganga, Herreros, Cortés, Pestaña y las compañeras Rosario Dolcet y Libertad Ródenas.*

Grupo JUVENTUD ACRATA
(Comisión de propaganda)

DEPURANDO

Si me preguntaran puesto a escoger, qué prefiero: ¿ser víctima o verdugo? yo respondería sin vacilar: víctima. Y respondería así, rotundamente, no porque sea yo de la mística y resignada madera de los mártires, sino porque no concibo la vida vivida indignamente.

La víctima, sea de la índole que fuere y llámese como se llame: candidez traicionada por la duplicidad, bondad escarnecida por la perversidad, sinceridad engañada por la insinceridad, inocencia burlada por la hipocresía, debilidad física atropellada por la brutalidad material, sensibilidad torturada por la crueldad de corazón, verdad desconocida por el sofisma triunfante, la víctima, repito, podrá siempre señalar con un dedo acusador y decirle a la doblez, a la perversidad, a la hipocresía, a la brutalidad, a la insensibilidad y al embuste conscientes, sois la lealtad de la vida, sois la bajeza, sois la maldad, sois la muerte, y su acusación quedará como fallo irrevocable que marcará con sello de infamia al individuo que se haya hecho reo de estas miserias morales.

Un pensamiento, una moral, y una conducta de dos caras, serán siempre un pensamiento, una moral y una conducta mezquinas y repugnantes. No puede justificarlos ni el interés personal, ni el interés de partido, ni el interés de grupo social. Menos pueden invocar este equívoco y esta doblez en sus predicaciones los hombres de un artículo que, como el socialismo-anarquista, se han erguido, teóricamente siempre, materialmente hasta al pie del cadalso, en nombre de la bondad humana contra la maldad burguesa, en nombre de la sinceridad del pensamiento contra las hipocresías imperantes, en nombre de las convicciones libremente sentidas contra los prejuicios sociales, en nombre de la libertad contra las tiranías políticas y religiosas, en nombre de la miseria de las multitudes contra la explotación económica de que las hace objeto una minoría de poseedores.

Pero bien; si la vida individual puede estar sujeta al tirón de todas las contradicciones; si los hombres pueden ser juguete del medio social defectuoso hasta el punto de ser unas veces engullidos como víctimas y otras engullir como voraces verdugos, no puede sernos indiferente lo uno o lo otro a nosotros, socialistas-anarquistas, que luchamos por cambiar este medio corruptor de los cerebros y de los corazones.

Si hubiese quien creyere, por sugestión de teorías seudoanarquistas, que se puede llamar ladrón al patrono y echarse luego, para vivir sin trabajar, a robar por estas calles y hacer víctima de esta holgazanería al primer desconocido que se presente; que se puede llamar canalla al político sin pudor que engaña al pueblo y meterse a renglón seguido entre el rebaño proletario y explotarle sus ignorancias o sus exaltaciones, poniéndolas al servicio, mediante tanto o cuanto, de ajenos intereses; que se puede mentar ideales y sembrar inmoralidad; que se puede invocar la solidaridad y ser traidores al compañero; blasonar de sinceridad y ser hipócrita; alardear de honradez e incurrir en todas las bajezas por conveniencia personal; si hubiere quien tal aceptare y obrare, deja, por el solo hecho de esta doblez de pensamiento y de acción, de ser anarquista; deja de ser socialista; mejor, no lo ha sido nunca; es, como llamaríale Flaubert, un burgués porque piensa burgamente, un burgués disfrazado de obrero para mayor comodidad del engaño.

Socialismo es socialización de bienes, es comunicación de riquezas y no robo individual disfrazado de expropiación; es solidaridad con el dolor, con la bondad, con la aspiración noble, con la verdad, y no el zarpazo de la maldad, de la astucia, del egoísmo y de la traición sobre la humana colectividad; es elevación de sentimientos y no cloaca a donde afluyan todos los apetitos individuales; es querer que todos los seres puedan vivir plenamente su vida y no que la vivan a lo superbestia unos cuantos caricaturas de superhombres que acaban en supertontos en fuerza de creer que sus malas artes pueden perdurar siempre.

Anarquismo es liberación de muchedumbres y no pisoteamiento de ellas por unos cuantos desapresivos que enajenan la propia independencia por un puñado de pesetas tan villanamente desembolsadas como embolsadas; anarquismo es, ha de ser, si queremos su triunfo, verdad, abnegación, desinterés, independencia, elevación de miras sociales, belleza de sentimientos altruistas, superación de conductas, norte, gula, idealismo... todo lo que queremos constituya la sociedad del porvenir, levantándonos cuanto podamos por encima del medio en que vivimos en lugar de dejarnos arrastrar por sus seducciones de oropel.

Socialismo y anarquismo son el hombre nuevo, el hombre de mañana, son nuestros hijos y el porvenir de nuestros hijos, y mal forjaríamos este hombre nuevo inyectando en las venas del actual los virus que manan de las llagas corruptas de la sociedad capitalista. Maestros de verdades y ejemplos de sana conducta hemos de ser, hemos de procurar serlo si queremos tener el derecho de erguirnos en acusadores de la sociedad burguesa y merecer el respeto y la consideración debidos a los que saben hermanar la conducta con la teoría.

La moral jesuítica lleva rectamente al rebajamiento de los caracteres, la doblez de pensamiento a la corrupción cívica, la conducta equívoca a la degeneración colectiva.

¿Estamos ya, a semejanza de las burguesías, en esta pendiente? Colectivamente creo que no, que si fal cosa creyere, en lugar de coger la pluma con asco, rompiérala en pedazos para siempre antes que hacerme solidario de andar por semejantes senderos. Pero es tiempo de reaccionar contra las infiltraciones de las teorías y de la moral burguesas, deslizadas solapadamente en nuestro campo por un puñado de aventureros con más desparpajo y osadía que inteligencia, más sobrados de vulgares apetitos que de nobles sentimientos, más atentos a su medro personal que al interés colectivo. Por estos defectos, compañeros, podréis conocerles si sabéis estudiarles antes de entregaros confiados a la relumbrorería de sus peroratas y de sus bravuconerías de talco. Poned, poned cuanto antes reparo a sus artimañas y barredles de firme, antes de que la corrupción se extienda y enseñoree de nuestro campo, descalificándolo a los ojos de nuestros adversarios. Si así no hace mucho tiempo dije que la vulgaridad nos estaba ahogando, ahora digo que la granujería de unos pocos, si se les hace el ambiente propicio, podría matarnos definitivamente como partido si no la atajamos a tiempo.

J. PRAT

RENOVACIÓN

Que la propaganda acratista ha caído en la vaciedad de ideas y se ha hecho motinesca y bullanguera no cabe dudarlo. Mil incidentes de todos conocidos han desnaturalizado el ideal, y, si no crisis de ideas, es indudable que existe crisis de fuerzas. Reaccionar vigorosamente contra tal situación, equivaldría a recuperar lo perdido en ya pasadas flaquezas.

No es el acratismo doctrina de conquista, aspiración de dominio, y ninguna ventaja podría derivarse de una táctica jacobinista y de asalto a no se sabe qué. Pero es lo cierto, que bajo la influencia de pretendidos radicalismos y también a causa de explicables impaciencias se ha actuado en sentido de imposibles dictaduras.

Secuela obligada de esa extraña traducción del acratismo es el hecho de que las ideas hayan ido dejando plaza a simples palabras representativas y a personalidades más simples todavía y que nada representan. Así, es frecuente que se tenga verdadero fetichismo por las voces rebeldía, revolución, huelga general, etc., y se carezca de toda noción de su contenido. Y así también ha sustituído a la serena filosofía la más gárrula verborrea; a las razones, las palabras huecas y los adjetivos sonoros; a los sentimientos reales, las afectaciones ridículas. A la sombra de tan deleznable obra fué creciendo el fulanismo vil, que postra de rodillas a pretendidos rebeldes sojuzgados por glorias de oropel.

Este encanallamiento débese en gran parte al intelectualismo arrivista y al obrerismo petulante. Las cabriolas literarias de los unos y las vanidades ridículas de los otros han fomentado el culto a la fuerza, a la brutalidad, que convierte en héroes a los epilépticos y canoniza a los imbéciles; han borrado toda distinción entre el luchador resuelto y el neurasténico atenaceado por la manía de las grandezas; han hecho que las rodillas se doblen ante la barbarie endiosada, sin percatarse que barbarie por barbarie, la razón, la razón clara, sencilla, desapasionada, se queda sin ninguna.

No pretendo ahora formular juicio acerca de violencias que otras violencias engendran; no intento medir ni tasar la justicia o la razón de actos que la fiereza de la lucha actual trae aparejados. Quiero hacer constar únicamente que lo circunstancial y accesorio fué puesto en lugar de lo principal y permanente, convirtiendo el medio en fin.

Esta inversión de términos, así en las ideas como en la conducta, ha producido la ceguera de los convencidos, que es la crisis real del acratismo como fuerza, y también la desbandada de los ilusos, de los inconscientes y de los ambiciosos, que significa comienzo de la restauración de aquella fuerza misma. Vayan, pues, en buenhora los que habían equivocado el rumbo, y que los que han sufrido, más o menos, el desencanto de la obra truncada se apresten otra vez a la lucha.

Hay que empezar de nuevo. Se impone una labor paciente de razonamiento, dirigida más al cerebro que al corazón; gaznosa de realidades, que no de afectismos. La experiencia nos muestra como es necesario reformar y persistir en la propaganda de ideas que tiene realidad en la conducta y se traduce en lecciones de hechos, más eficaces y elocuentes que las más elocuentes palabras. Así y sólo así resurgiremos firmes y fuertes a la lucha, descuidados de los que se van y de los que se riuden.

La hora presente es de crisis para todas las fuerzas militantes y para todas las conciencias despiertas. Culmina el espíritu de crítica y se siente el trepidar de derrumbamientos inesperados. Y sobre las presentes deleznables contingencias, es menester que hagamos destacar en toda su sencillez y en toda su pureza nuestro ideal, la aspiración de justicia, de libertad, de igualdad y de amor que sintetiza. Es preciso que en medio de las turbulencias de la conciencia pública, atormentada por ruines pasiones, reanudemos la caminata, un momento interrumpida; nos alcemos serenos entre las ruinas de tantas cosas que se vienen a tierra; que nos abramos paso resueltos a triunfar sin preocuparnos del cuándo y del cómo. Que ni las cruentas iniquidades de arriba ni las violencias de abajo sean bastante poderosas para desviarnos, precipitarnos o alejarnos. Hagamos nuestro camino apesar y no obstante todas las brutalidades ambientes.

No desconozco que sin la pasión, que acaso sin fanatismos, sin vehemencias individuales, sin terribles sacudidas de las multitudes perduraría por siempre y para siempre el imperio de la fuerza organizada. Pero sin clara conciencia de la justicia ideal, sin profundo conocimiento de la aspiración sentida, nuestro triunfo sería momentáneo y remache seguro de la cadena que amarrados nos tiene a todas las servidumbres.

Por eso es necesario que atendamos más a los resultados remotos que a los inmediatos, barriendo con mano vigorosa todos los exclusivismos que falsean o mutilan la concepción acratista; dando de lado a tópicos y plataformas que no encajan en una doctrina de libertad; repudiando deliriantes actuaciones y trasnochados radicalismos sin cobardes sumisiones a convencionalismos nuevos, tan dañosos como los viejos. Por eso es indispensable que, sin desdeñar las luchas de momento, pongamos la vista en la lejanía que asegura la realización de todo el contenido de nuestras doctrinas. Por eso se impone, en fin, la renovación de la labor propagandista, ennobleciendo, a su influjo, hombres e ideas, que no en vano la experiencia nos alecciona.

Renovemos, pues, y agrupémonos estrechamente para la realización feliz de este empeño de ensanchamiento y de difusión de nuestras ideas. Y que la renovación sea como el resurgir a vida nueva en la que borrados queden los últimos residuos de preocupaciones y errores en que todos hayamos podido incurrir.

R. MELLA

LA COMMUNE

Si yo hubiera vivido en Roma en tiempo de Nerón, y hubiese sido corresponsal del *Correo de Beocia* o del *Diario inoficial de Abdere*, mis colegas se habrían reído más de una vez de mí, viendo que nada tenía que decir de las intrigas de la emperatriz viuda; que no mencionaba, por ejemplo, ni siquiera las grandes comidas en que el rey judío Agripa se reconciliaba cada sábado con el cuerpo diplomático residente en Roma, y que, por otra parte, hablaba continuamente de los galileos, de esa obscura pandilla que, compuesta principalmente de esclavos y de viejos, pasaba su desdichada existencia en visiones y disputas, y era repudiada hasta por los mismos judíos. Mis cofrades, hombres muy bien informados, se hubieran reído seguramente de un modo particular si yo no hubiera tenido nada que decir de las fiestas de la corte de César, en las que su graciosa majestad tocaba la guitarra, sino de que se había cubierto de pez a algunos de esos galileos, y que, encendiéndola después, se iluminaba con ellos los jardines del palacio de Oro.

A la verdad, esa iluminación era cosa muy notable, y era una broma cruel y completamente romana de hacer de aquellos galileos que se llamaba los *obscuros*, antorchas para las fiestas de la antigua Voluptuosidad.

Pero la broma se echó a perder; aquellas antorchas lanzaron chispas que redujeron a cenizas el viejo mundo romano con todo su carcomido esplendor; el número de los afiliados a la obscura pandilla llegó a constituir legión; en su lucha contra aquella legión, las del César debieron rendir las armas, y el imperio entero, la tierra y el mar, pertenecen hoy a los galileos.

Lejos de mí la intención de perderme aquí en consideraciones; no he querido hacer más que demostrar por medio de un ejemplo, cómo el porvenir podría justificar victoriosamente algún día las predicciones que he hecho a menudo acerca de una pequeña asociación que, completamente parecida a la Iglesia oprimida del primer siglo, es hoy despreciada y perseguida, pero que extiende su propaganda con una fe ardiente y un siniestro espíritu de destrucción que nos recuerda los primeros tiempos de aquellos galileos.

Me refiero a la Commune, único partido que hay en Francia digno de llamar seriamente la atención. Confieso que el porvenir pertenece a la Commune, y hago esta confesión con el acento de la profecía y con una extraordinaria ansiedad que, desgraciadamente, no tiene nada de fingida. En efecto, sólo estremecimiento de espanto puedo pensar en el tiempo en que esos sombríos iconoclastas llegarán al poder, destrozarán todos esos juguetes, todas esas monadas imaginarias del arte que tanto gustan a los poetas; cortarán mis bosquecillos de laureles y en su lugar sembrarán patatas; las flores de lis, que sin haber hilado ni trabajado jamás, estaban sin embargo tan magníficamente adornadas como Salomón en toda su gloria, serán arrancadas del suelo de la sociedad, a menos que no cojan el huso en sus manos; las rosas, esas antiguas desposadas de los ruiseñores, sufrirán la misma suerte; los ruiseñores, cantores inútiles, serán también expulsados, y mis poesías ¡ay! servirán a los tenderos de cucuruchos para envolver especias o el rapé que han de tomar las vivas del porvenir.

Y sin embargo, confieso francamente que ese mismo comunismo, que es opuesto a todos mis intereses y a todas mis inclinaciones, ejerce sobre mi alma un encanto de que no me puedo librar; dos voces se levantan en mi pecho, tal vez no en su favor; dos voces que no puedo acallar y que, después de todo, tal vez no sean otra cosa que instigaciones diabólicas; pero, sea lo que sea, me dominan y no hay exorcismo que pueda acabar con ellas.

Y es que la primera de estas voces es la de la lógica. «El diablo es lógico», dice el Dante. Un horrible silogismo me trae a mal traer, y yo no puedo refutar esta proposición: «Todo el mundo tiene derecho a comer.» Así, pues, me veo precisado a someterme a todas sus consecuencias.

Cuando reflexiono sobre este punto estoy en peligro de perder la vista; veo todos los demonios danzando en torno mío con aire de triunfo, y finalmente la sublime desesperación se apodera de todo mi ser, y exclamo: «¡Esta vieja sociedad está juzgada y condenada hace tiempo! ¡Tenga, pues, lo que merece! ¡Que sea destruído ese viejo mundo donde la inocencia era maltratada; donde el egoísmo prosperaba en tan alto grado; donde el hombre era la presa del hombre!

¡Calgan en ruinas y perezcan esos sepulcros blanqueados sobre los cuales imperaban la mentira y la injusticia flagrante, y bendito sea el mercader que hará un día de mis versos cucuruchos de papel para envolver especias y rapé para las buenas y honradas viejas que en nuestra injusta sociedad de hoy se ven obligadas a privarse de este lujo! *¡Fiat justicia, percat mundus!*

La segunda de estas voces imperiosas que me aprisionan y retienen es todavía más poderosa y más diabólica que la primera, pues es la voz del odio, del odio que experimento hacia un partido cuyo mayor antagonismo es la Commune, y que, por consecuencia, es nuestro común enemigo. Me refiero al partido nacional de Alemania, a esos falsos patriotas, cuyo patriotismo no consiste más que en una estúpida aversión al extranjero, a las naciones vecinas, y que derrama diariamente su hiel, principalmente sobre la Francia. Toda mi vida he odiado y combatido, y ahora que mis manos desfallecidas no pueden ya sostener la espada, una convicción me consuela, y es que el comunismo les dará el golpe de gracia, y no será un golpe de maza, sino un puntapié; el gigante los aplastará como se aplasta a un miserable guano. Esto será su primer paso.

Mi odio a los representantes del nacionalismo me hace experimentar casi un afecto hacia los comunistas. En todo caso, éstos no son hipócritas que tienen siempre la religión y el cristianismo en los labios. Los comunistas no tienen religión (no hay nadie perfecto); los comunistas son simplemente ateos (lo que es ciertamente un gran pecado), pero admiten como dogmas principales el cosmopolitismo más absoluto, un amor universal hacia todos los pueblos, la igualdad y la propiedad, y la fraternidad de los hombres, ciudadanos libres del universo.

Esta doctrina fundamental es la misma que predicaba en otro tiempo el Evangelio, de suerte que, por su espíritu y por su fe, los comunistas son mucho más cristianos que nuestros patriotas, esos estúpidos campeones de un nacionalismo exclusivo.

ENRIQUE HEINE

Gaceta de Augsburgo, 1840.

La Alemania negra

A través de mi ventana, ha vuelto hoy a distraerme de mis estudios una interesante escena, que en las calles de las ciudades alemanas es sumamente vulgar. Dos hombres, más bien viejos que jóvenes, violentamente curvados por el terrible esfuerzo, tiraban calle arriba de un carro inmenso cargado de muebles; a los pocos pasos, jadeantes y sudorosos se paraban para tomar aliento, y otra vez, pasándose la correa por la espalda, reemprendían resignadamente la dura tarea... Tenía que venir a la culta Alemania para ver tan degradante espectáculo. En pleno siglo de automóvil, precisamente en un país tan a la zaga por sus adelantos industriales, hay quien se sirve de los hombres como bestias de carga, y sólo faltaría para completar el cuadro, el chasquear del látigo sobre las espaldas del esclavo. He aquí la Alemania moderna; una gran pompa, una gran brillantez por fuera, y por dentro un despotismo desenfrenado por parte de los poderosos y un servilismo inaudito por parte de un pueblo dotado de todas las fuerzas espirituales para vencer las fuerzas opresoras, pero que no sabe ni osa utilizarlas de una vez.

He tenido ocasión de hablar otras veces de este pueblo alemán tan menospreciado, tan arrinconado por las altas clases sociales de este país. Este pueblo alemán ha entrado en el socialismo sin pasar por los *derechos del hombre*, y he aquí su mal y la causa de su miseria; a pesar de su ilustración, no tiene educación moral suficiente para entender la dignidad de hombre; de rebaño de esclavos ha pasado a ser rebaño de socialistas; pero le falta el nervio de la individualidad y es todavía el concepto de multitud y de rebaño lo que constituye su fuerza. Ahora obedecen como un solo hombre a los directores del partido, igual que sus antepasados obedecían al señor feudal; y aunque los ideales de este partido sean dignos y elevados, no ha despertado todavía el hombre en su interior, y en consecuencia, la fuerza que exteriormente aparenta. El fuego de la Revolución no ha bautizado aún a este pueblo alemán, adorador de un Luis XIV redivivo.

En realidad, y digase lo que se quiera, con todos los grandes adelantos de la ciencia y de la industria en este país, el pueblo bajo alemán no ha progresado gran cosa desde los tiempos de Goethe. Este, que ha sido uno de los más profundos conocedores de su pueblo, decía hablando de él, en 1828:

«Si se pudiese solamente, siguiendo el ejemplo de los ingleses, dar a los alemanes menos filosofía y más energía real, casi estaríamos los tiempos de Goethe.

Y en otro pasaje: «En cuanto a lo que más necesitan, no lo poseen; les falta esa energía corporal y espiritual que es absolutamente indispensable para hacer algo bueno en la vida. No puedo aprobar que a los aspirantes a empleados del Estado se les exija tantos conocimientos puramente técnicos; así se arruinan a un tiempo el cuerpo y el espíritu de los jóvenes». Y todavía más. «Esperemos, no obstante; tal vez de aquí a un siglo los alemanes sabrán dejar de ser un pueblo de sabios y filósofos para convertirse en un pueblo de hombres».

Pues bien, este siglo de las esperanzas de Goethe ha pasado y los alemanes, además de ser un pueblo de sabios son un pueblo de soldados; pero el pueblo de hombres no ha parecido todavía; así se explica que a pesar de los años de prosperidad y de progreso que llevan los alemanes en todos los órdenes de la vida, no hayan pedido ni se vislumbre el momento en que empiecen a dotar al mundo de una civilización occidental junto a la francesa e inglesa. La ciencia, en todos los aspectos, habrá ganado con la intervención de Alemania en el mundo moderno; pero la humanidad, el hombre, no han ganado nada; no en balde tuvieron los ingleses la «Carta Magna» y los franceses la proclamación de los Derechos del Hombre. En cuanto a la reforma de Lutero no se aparta del mundo teológico medioeval, vive en pleno silogismo y a continuación de ella, el pueblo alemán vive como antes en el feudalismo.

Los viajeros, el elemento extranjero que no ve más que la plaza pública, los hoteles y establecimientos oficiales de un país, han hecho y extendido esta leyenda de una Alemania brillante, montada como un gran reloj de lujo, donde todas las piezas se mueven con precisión matemática; pero no hay que fiarse; también eran brillantes aquel Egipto y Asiria antiguos y la esclavitud de los pueblos que construyeron las pirámides y las maravillas de Babilonia era muy negra... El que no ha convivido durante bien tiempo con un pueblo, no puede conocerlo; y si es permitido hablar a la propia experiencia, diré que en las clases media y obrera alemanas, respirasne una pobreza y una miseria espantosas; miseria que bien necesita la ayuda socializadora del Estado que tan fecunda intervención aporta a esta esfera de las relaciones sociales; el país alemán, es una maravilla, visto por fuera; todo cuanto sea la vía pública y las instituciones oficiales, está a una altura inconmensurable respecto a la vida privada; la más elemental falta de higiene, una alimentación pésima e insuficiente, un sistema de economía incomprensiblemente primitivo, una educación familiar de la infancia absurda e insensata; tales son algunos de los defectos de la clase media de este pueblo.

¿Quién duda que se notan esfuerzos para salir de este incomprensible atraso en la vida privada de la sociedad alemana? Sí; es verdad, por ejemplo, que la mujer alemana es ilustrada, pero estas mismas mujeres que a menudo van al teatro para oír la última ópera y el último drama, hacen pagar este lujo al estómago; y por la mañanas fríegan la escalera como una criada aunque sean esposas de un ingeniero, pongo por caso.

Pero donde más se ve el atraso del pueblo alemán en esta esfera de la vida privada, es en la educación de la infancia. ¡Pobres niños alemanes! Fuera de casa, en los gimnasios, una educación puramente cerebral que los consume de pequeños a fuerza de letra impresa y que hace en su interior nacer el sabio matando al hombre; dentro de casa la educación más absurda por el látigo y por el hambre; una educación vil de animal doméstico, siempre temblando ante la mano amenazadora del amo; estos niños viven tristes, encogidos e hipócritas; no saben jugar, y aprenden a obedecer por temor al castigo. Los suicidios de escolares es uno de los más horribles problemas de la moderna. Alemania; oigamos otra vez al viejo Goethe: «El sol de primavera lanza a los niños fuera de casa; les gustaría jugar con sus compañeros al aire libre; pero veo que están perplejos y que les falta la seguridad; parece como que temen la llegada de un representante de la policía; todo en nuestro país contribuye a disciplinar a la infancia y a que desaparezca la alegría de la niñez; todo temperamento; toda originalidad; y así no queda de ella otra cosa que el Filisteo».

Hoy, después de un siglo, son siempre verdad estas palabras de Goethe sobre la infancia alemana; ¿qué tiene, pues, de extraño que de estas generaciones tan absurdamente educadas, no haya salido todavía el hombre? ¿Y cual es la medida verdadera de toda civilización, si no esta del hombre entero, cuerpo, espíritu, entendimiento y voluntad?

MANUEL DE MONTOLIU

El Poble Catalá, 1910.

El gran peligro

Gran número de «intelectuales», que muchas veces escriben y hablan en sentido anarquizante, y buena parte de la prensa «liberal», da la voz de alarma ante el gran peligro que, con más rapidez de la que puede creerse, se nos acerca.

Este peligro, según ellos, es mucho más grave que la guerra misma. Se trata de la extensión que la revolución rusa puede tener en los demás países de Europa, y muy principalmente en España, donde, según dice Luis de Zulueta, el proletariado está más predispuesto a aceptar el fundamento y la práctica de la acción llevada a cabo por nuestros vecinos rusos.

Luis de Zulueta afirma —y no va desacompañado— que en Barcelona hasta se han constituído los *soviets*.

Las declaraciones de Trotski, de que intensificarán la propaganda por todos los países, ha llenado de pavor a la clase capitalista y a todos sus adictos escritores. Las frases con que terminó uno de sus discursos, diciendo que el poder de los gobiernos imperialistas y burgueses está socavado; que el proletariado europeo les dará su apoyo, y que todos lucharemos por un ideal común y venceremos, ha sido un aviso seguido de la acción, pues a los pocos días de dicho esto, el proletariado alemán y austriaco se rebelaba contra sus tiranos.

Ya no son palabras, de las que no hacíamos caso por estar acostumbrados a ellas; y la guerra, envolviendo en sus azares la orientación futura de las relaciones entre los Estados, no tiene, seguramente, la misma importancia que puedan alcanzar las conmociones interiores de Rusia y sus posibles derivaciones en otros pueblos.

Los que declan que en esta guerra se luchaba por el imperio de la libertad y del derecho, dicen ahora que «no en los frentes de batalla en donde está actualmente el supremo interés de todos los que se preocupan de la suerte de la humanidad presente y futura». Y los intervencionistas, los que pedían que España tomara parte en la conflagración europea, se descuelgan ahora con que debemos desear un prudente y cauto aislamiento que nos preserve de posibles males que por el contagio exterior pudieran venir a aumentar las serias dificultades.

¡Lo que va de ayer a hoy! Creyeron que sus propagandas guerreristas iban a enardecer al proletariado español lanzándolo por esas calles con banderitas y a los acordes de la Marcha de Cádiz, y se debatieron en la soledad más espantosa.

En cambio nosotros, sin desviarnos un ápice del criterio anarquista, laborábamos por la paz, haciendo constar que ésta sería impuesta por la acción revolucionaria de los pueblos.

Y hemos acertado, como no podía menos de ocurrir, porque conocemos los anhelos de la clase trabajadora, de la que formamos parte. Y a la acción de los rusos sigue la actitud de los trabajadores austríacos y alemanes, que abandonan los astilleros y fábricas en que se construyen elementos para la guerra, exigiendo a los gobiernos una paz sin indemnizaciones ni anexiones.

Y este ambiente revolucionario, pronto estallará en Francia, a pesar de que el Gobierno francés, con crueldad kaiseriana, ahoga en sangre todos los sintomas que hasta ahora se producen.

⁂

Tiene razón Zulueta al señalar en España el peligro de la revolución rusa, aunque estaría más cerca de la verdad si señalara el peligro de la revolución mundial.

Pero, por lo que afecta a España, podemos asegurar que la clase trabajadora está en inmejorables condiciones, porque se halla despojada de los prejuicios que siente el proletariado de otros países.

El proletariado español no siente el fervor patriótico; es antimilitarista y antipolítico, pues si en algunas ocasiones hace que triunfen los republicanos, es por simplismo, porque no triunfen los reaccionarios; es enemigo de la autoridad impuesta y no siente el caudillismo, ni aún entre sus más activos compañeros.

Un proletariado que así siente; un proletariado que así piensa, ha de ser forzosamente un proletariado revolucionario.

Eso es el proletariado español y con él es posible secundar a los revolucionarios rusos.

Ese es el peligro que señalan los intelectuales ex anarquistas, que ven convertirse en realidad lo que ellos propagaron un día creyendo que serían eternas utopías, y que se confirman las palabras de Bovio: «Hacia la anarquía va la historia».

RIOJA

¿Qué ocurre con los presos?

Durante los días pasados en Barcelona ha sufrido el estado de guerra, la policía ha campado en la ciudad por sus respetos, bien poco dignos.

Se han descubierto complots a granel, y, cosa extraña, los primeros detenidos se han declarado autores o coautores de hechos que nadie sabe a qué obedecen.

Además de ser increíble esta actitud de los que habían caído en poder de la policía, es también ilógica. Nadie se declara autor de un hecho, máxime si en ello le va la vida o el presidio.

Otra cosa absurda: Algún detenido de los que han prestado declaraciones de esta índole fué, pocos días después, puesto en libertad.

¿Cómo explicarse tamañas incongruencias?

Se ve que la policía tiene gran interés en presentar autores, verdaderos o falsos, de sucesos ocurridos aisladamente. Ya ha fracasado en varios intentos. Los complots no estaban bien hechos. Persiste, sin embargo, en la idea de encontrar autores por cualquier medio que sea.

Cuando los periódicos no podían hablar de este asunto, se decía por todas partes, se repetía con insistencia, y estaba ya en el ánimo de todos, la creencia de que se había apaleado brutalmente a algunos individuos detenidos.

¿Qué había de cierto en todo esto?

Desde que ha vuelto la normalidad se empieza a ver claro en todo ello. *El Progreso* ha emprendido una valiente campaña, insertando en sus columnas los medios de que se ha valido la policía para hacer declarar a los detenidos.

Ved aquí lo que dice *El Progreso* del lunes, 8:

«Cuando fué detenido no iba acompañado de ninguna mujer. Se me trasladó a la Jefatura de policía. Me interrogaron respecto de los atentados de que han sido víctimas algunos patronos. Como no contestara, el policía Sans me pegó algunos puñetazos en la cabeza y en la cara. Me pegaron mucho. Luego me dirigieron preguntas a las que yo no sé cómo contestaba. Se me dijo: «Tú declara que es verdad todo cuanto nosotros preguntamos; di que conoces a los individuos que te serán presentados y, al mismo tiempo, que ellos son los autores de los atentados que se han realizado. No temas, puesto que nada te sucederá. Si es necesario te acompañaremos hasta la frontera.» Y yo habíal, habíl sin medida. Cuando hube dicho todo cuanto los otros querían, me dieron cinco pesetas. Cuando me trasladaron a la cárcel, iba acompañado de dos guardias. No me ataron. Me dieron de almorzar. Al llegar aquí se me entregó el cambio de una peseta, sobrante del pasaje del tranvía. Me compraron tabaco y una caja de cerillas de diez céntimos.

Añadieron que a mi madre nada le faltaría, pues ellos se cuidarían de socorrerla.

(En nuestra presencia preguntó a su madre si alguien había ido a llevarle dinero.)

Luego me fueron presentados varios individuos y declaré lo que me dijeron que declarara.

Pero yo quiero ver al juez para rectificarme. Nada de lo que he dicho es cierto. Si habló como lo hice, fué por temor. Me aterraron de tal forma, que no he sido dueño de mis palabras.

Esto nos dijo Joaquín Vandellós, el único que hasta ahora acusaba.»

Por hoy nos limitamos a las afirmaciones trascritas.

Urge tener en cuenta todos estos antecedentes, para poder preguntar, si la situación de los presos continúa, ¿qué se pretende? ¿Por qué se ha recurrido al castigo para obtener declaraciones? ¿Volvemos acaso a los tiempos de Montjuich?

Por una sola vez

El grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD está altamente satisfecho de los compañeros que le han enviado las cartas o copias de ellas, que escritas por ellos se han Pueda y avaloradas por el *nuevo grupo* «Sin nombre» han recibido en contra nuestra.

Realmente, nuestro manifiesto «Deslindando campos», ha dado el resultado que los anar